

## LIBRO II

---

### POLIGENISMO

#### XI

##### La política de la naturaleza.

Hemos señalado ciertos defectos en nuestro pensar: los defectos de la forma, los defectos que provienen, por decirlo así, de sus malos hábitos. Hemos descubierto desde luego los obstáculos de principio que impiden progresar felizmente y adquirir resultados positivos en el dominio de la ciencia histórica. Hemos indicado por fin la dirección que nos proponemos seguir para aproximarnos al fin que perseguimos. Siguiendo esta dirección, hemos de considerar, en primer término, el género humano mismo, así como los grupos étnicos y sociales que volvemos á encontrar en su esfera.

Comencemos por prescindir de la concepción usual relativa á la *simplicidad* del principio: el género humano se deriva de una primera pareja de padres ó de algunas primeras parejas. He aquí una forma de pensar impresa en nuestro espíritu por lo que observa-

mos cotidianamente en la vida. Tomemos, siguiendo ciertas *hipótesis* y conformándonos con ciertas semejanzas, otra concepción menos usual, y comprobemos mentalmente, en medio de hechos conocidos, el resorte de la naturaleza y de la historia. He aquí una hipótesis de este género que tiene alguna semejanza y que nos da otro dato acerca de los comienzos de la humanidad. Hay una ley que vemos dominar en la naturaleza que nos rodea en tanto que es creadora de un gran número de gérmenes que se esparcen por el mundo, no sale jamás más que un corto número de seres, y de éstos sólo hay un pequeño número que produce frutos. Esta ley se aplica en todo el dominio de la vida vegetal y de la vida animal. *Muchos gérmenes, menos seres, muy pocos frutos (ú *organismos maduros*);* tal es la regla que observamos por todas partes en donde hay vida vegetal, por todas partes donde hay vida animal. Comportándose así la naturaleza, parece inspirarse en una «sabia previsión» y llevar á cabo un acto de habilidad política. Se diría que la naturaleza toma sus precauciones, que se hace cargo por adelantado de los ataques de los poderes hostiles que amenazan la vida de cada género y de los peligros que espían á todo organismo viviente: si produce *un número infinito de gérmenes* (1), es tan sólo

---

(1) Entre innumerables ejemplos, citemos algunos. Entre los peces, una sola hembra produce á veces millares y aun centenares de miles de huevos. «Fácil es calcular, dice Seidlitz, que aun cuando no hubiera más que un millón de huevos de un esturión que se desarrollase en hembras, los peces pequeños de la tercera generación no encontrarían hueco los unos al lado de los otros sobre la superficie del suelo, y la cuarta generación daría un volumen que sería igual al del globo terrestre» (*Ibidem*). «Felizmente, la naturaleza no produce este número incontenible de gérmenes más que para dejar que perezca la mayor parte...» «Es incontestable que los huevos del pólipo,

para obtener un pequeño número de frutos maduros. Pródiga cuando comienza á hacer que despunte la vida, la naturaleza no se muestra avara de sacrificios á los poderes hostiles de esta vida tan prodigada. Y siende esto así, ¿habría, para el género humano, hecho excepción de esa ley que se observa en todo el reino vegetal y en todo el reino animal? El hombre en su orgullo se ha creído más elevado de lo que lo está en realidad, por encima del mundo vegetal y por encima del mundo animal; no tenemos razón alguna para admitir que la naturaleza, en lo que concierne al género humano, haya seguido una política diferente.

Los filósofos y los naturalistas de los tiempos modernos no han vacilado en declararse por el origen poligenésico de la humanidad y no por el origen monogenético.

Cuando en el siglo último los sabios y los teólogos ponían el espíritu en tortura para tratar de explicarse la presencia en América de hombres que eviden-

---

como los tiernos huevos de la mayor parte de los animales inferiores, no hay más que muy pocos que lleguen á su desarrollo; vienen á ser la presa de legiones de otros animales, y á su vez, la multiplicación extraordianaria de algunos animales inferiores está en relación directa con los peligros á los cuales está expuesta su posteridad» (Agassiz: *Schoepfungsplan*, pág. 112). Millares de ostras salen del huevo anualmente; la mayor parte perece por la influencia de las condiciones exteriores...» (Oscar Schmidt: *Dessendenzlehre*, tomo 1, pág. 86.) Los murciélagos y los peces se multiplican prodigiosamente: «Al cabo de algunos años, si todos los gérmenes fuesen fecundos, los murciélagos cubrirían la tierra hasta la altura de las casas, los peces cubrirían todos los mares» (Buchner: *Lechs Vorlesungen*, pág. 43).

Si los pájaros no engendrasen más que cuatro veces en la vida, y si cada vez tuviesen cuatro hijos; si, además, la multiplicación se hiciese sin trabas, una pareja tendría al cabo de quince años una posteridad cuya cifra ascendería á millones de individuos.

temente no eran de la misma fuente que los hombres del antiguo mundo, «Voltaire hizo notar que no debía causar mayor sorpresa el encontrar hombres en América que monos» (1).

Goethe, á quien se atribuye el genio y el don de la adivinación, precisamente en el dominio del pensar filosófico, dice á propósito de esta cuestión: «Se cree que la naturaleza es económica en sus producciones. Me creo obligado á rebatir esta opinión. Afirmo, por el contrario, que la naturaleza se muestra siempre generosa y hasta pródiga; que está más conforme con su espíritu admitiendo que ha hecho venir á los hombres por docenas y aun por centenares, más bien que suponiendo que los haya hecho salir mezquinamente de una sola y única pareja. Cuando la tierra hubo llegado á cierto grado de madurez, cuando las aguas se fueron encauzando y los terrenos secos verdeaban, comenzó la época del venir á ser humano y los hombres produjeron, merced al poder de Dios, *por todas las partes en que la tierra lo permitía*, quizá en un principio sobre las alturas (2).»

Entre los modernos investigadores de la naturaleza, Burmeister entre otros, se pronuncia concretamente en favor del poligenismo. Recientemente Mr. Fritsch, profesor de Berlín, se expresó así acerca de esta cuestión en una «conferencia sobre la geografía y antropología consideradas como asociadas»; conferencia dada en una reunión de la Sociedad de Geografía.

Los núcleos más antiguos de los continentes actuales son el Sudceste y Noroeste del Asia, esas dos

---

(1) *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations.*

(2) *Eckerman's Gespräche mit Gæthe*; segunda parte, pág. 29.

regiones separadas por el Himalaya, el centro y el Sur de África y el Oeste de la América del Norte.

«Es posible, de otra parte, que en diversas comarcas, regiones que actualmente pertenecen al Océano, se hayan encontrado en seco y hayan servido de cuna al género humano en su *venir á ser*. Cuando en la revolución de las edades las condiciones de existencia en estas comarcas hubiesen llegado á un estado más propicio para la aparición del hombre sobre la tierra, las formas del mundo animal, capaces de perfeccionamiento, tenderían, lo admitimos en el sentido de la teoría de la descendencia, á este perfeccionamiento supremo.

»Es evidentemente absurdo imaginar que estas condiciones favorables no hayan podido presentarse más que en una sola localidad; que una sola forma local haya funcionado como antecesora del hombre; que, en fin, una sola pareja haya súbitamente salvado este escalón para asombro de la posteridad. Figurémonos el proceso del perfeccionamiento en sus diferentes fases. En medio de variadas vicisitudes, en el curso de millares de años, los individuos antepasados del hombre caminan á su objeto bajo la influencia de factores de transformación; tan pronto sucumben las generaciones bajo la influencia de condiciones desfavorables, tan pronto degeneran por atavismo; la humanidad entera está representada aquí por un macho, allá por una hembra; el uno y el otro se encuentran, se aman, y haciéndose manantial, comprometen de nuevo las ventajas obtenidas. Por otra parte, me parece poco probable que un gran número de individuos haya salido de una misma fuente para transformarse en hombre, porque vista la necesidad de mantener una rigurosa continuidad de la serie, se-

ría menester siempre hallar en un grado cualquiera de desarrollo ó de perfeccionamiento un antecesor que no sería en último extremo más que un primer Adán. En tal caso, estos descendientes se habrían mezclado más tarde con individuos de una forma menos avanzada, y entonces habría que renunciar á la unidad del tronco.

» Por consiguiente, ya nos coloquemos en el punto de vista de la descendencia, ya se aprecie la manera de comportarse definitivamente observada del género humano, es por todo extremo inverosímil que tenga el hombre lo que se llama un árbol *genealógico monofilético*.

» Es preciso además admitir que los precursores del género humano constituyan ya una forma esparcida sobre la tierra; si es así, *hay que tener por cierto* que presentaban los hombres entre sí diferencias de raza (1).»

## XII

### Las razones éticas en favor del monogenismo.

Existen, dos consideraciones que en todo tiempo han impuesto á los investigadores y á los filósofos en el dominio de la antropología, desde que se presentó á ellos la cuestión de la «unidad del género humano», una reserva inconciliable con la ciencia rigurosa. En

---

(1) *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, tomo viii, 1881, pág. 243.

un principio querían manejar la tradición bíblica admitida por los principes de la Iglesia cristiana, y, en segundo lugar, estaban retenidos por las consecuencias morales que se creía forzoso sacar, en teoría (¡en teoría solamente, por desgracia!) de la creencia en la unidad del género humano y *únicamente de esta creencia*. Escrúpulos religiosos impedían tocar á la tradición bíblica, según la cual todos los hombres provenían de una sola pareja. He aquí por qué las dudas que muchos sabios é investigación guardaban en el fondo de su alma acerca de la unidad del género humano, se manifestaron en un principio por las tendencias, ya á censurar la teoría apoyada en la tradición bíblica, ya á demostrar que la teoría ética de la igualdad de los hombres es independiente del hecho de la unidad ó de la pluralidad de origen. En un principio no se osaba avanzar más no se quería, por una verdad de historia natural, comprometer conquistas morales, preciosas, aunque puramente teóricas.

Haciéndose cargo de todo lo que podría hacer vacilar en la cuestión que nos ocupamos, investigadores eminentes, que, por tendencias de su espíritu y quizá también á causa de su posición social, evitaron cuidadosamente todo ataque oscuro á las ideas morales reinantes, se comprenderá que viniendo de parecidos hombres, una simple *duda* á propósito de la libertad del género humano, presenta una grande importancia.

Consultando, por ejemplo, á Alejandro de Humboldt, sobre esta cuestión, no se olvidará que para tratarla se coloca en el punto de vista ético, en otros términos, abandona el punto de vista científico y deja de ser imparcial. Lo dice concretamente. «No hacemos más que afirmar la unidad del género humano; nos

declaramos en contra de toda desagradable creencia respecto á la superioridad de ciertas razas y á la inferioridad de otras. Hay fuentes étnicas más perfectibles, las hay más perfeccionadas, las hay que han sido embellecidas por la cultura intelectual; pero no las hay que sean más nobles que las otras.» Estas frases están dictadas más bien por un ardiente amor á la humanidad que por la imparcialidad de un espíritu investigador.

Alejandro de Humboldt no se atreve á erigir en proposición científica la unidad del género humano. Cita sin comentario al más grande anatómico de nuestra época «John Müller, según el cual es imposible saber si las razas humanas que vemos se remontan hasta muchos hombres primitivos ó á un hombre primitivo único».

Igualmente cita sin protestar el pasaje siguiente, tomado de su hermano Guillermo y dirigido contra la verdad bíblica: «No conocemos, ni históricamente, ni por tradición cierta, ninguna época en la cual el género humano no haya estado dividido en grupos de pueblos. No es, por lo tanto, posible distinguir históricamente si es este un estado *primitivo* ó si ha sido producido tardíamente. Diversas tradiciones que se reproducen sin lazo visible en diferentes puntos del globo, niegan la primera hipótesis; lo que hace derivar el género humano de una sola pareja. Esta leyenda está tan esparcida, que algunas veces ha pasado por un recuerdo de los comienzos de la humanidad. Esto no probaría, sin embargo, que la leyenda en cuestión esté fundada en nada histórico; demostraría únicamente la uniformidad en que el modo de concebir humano ha conducido á la misma explicación del mismo fenómeno. Así, sin duda, multitud de mitos sin cone-

xión alguna, han salido simplemente de la uniformidad que ha existido en la ficcion y en los sueños humanos. La leyenda de la pareja única, presenta, por lo demás, otro carácter, el sello de la invención humana: pretende explicar, por un procedimiento perteneciente á la observación actual, un fenómeno fuera del dominio de la observación, el de la primera aparición del género humano; trata de explicar cómo una isla desierta ó un valle aislado ha podido poblar-se en una época en que el género humano existía ya desde hace millares de años (1).»

Parece desprenderse también de otro pasaje del Kosmos que A. de Humboldt no tenía la convicción científica de la unidad del género humano, porque esta hunidad y la unidad de descendencia entrañarían necesariamente la existencia anterior de un *pueblo primitivo*: en la Edad Media se consideraba á los judíos constituyendo este pueblo. Así, pues, dice A. de Humboldt: «La historia propiamente dicha no conoce *primero y único hogar de la civilización...* Desde la más remota antigüedad, en las lejanías del horizonte de la ciencia verdaderamente histórica, percibimos ya *simultáneamente*, muchos puntos luminosos, centros de civilización, enviándose sus rayos unos á los otros (2).» Esto se compadece muy mal con la hipótesis de la unidad del género humano; en cambio se armoniza bien con la hipótesis contraria.

Ciertos sabios creían no poder deducir los principios de la igualdad entre los hombres y el amor del prójimo más que de la unidad del género humano, considerado por ellos como un hecho reconocido en

---

(1) *Kosmos*, tomo I, pág. 382,

(2) *Kosmos*, tomo II, pág. 146.

las ciencias naturales. Tomaban éstos, por *término medio* de su silogismo, la *unidad de la especie*. Otros sabios, no queriendo quebrantar sus principios éticos pero no pudiendo dar su adhesión á la unidad de origen, comenzaron por contestar que la unidad de la *especie* reconoció por causa una unidad de descendencia.

Dejaron éstos subsistir en las premisas la unidad de la especie y los principios éticos susodichos, pero hicieron constar que hubo conexión entre la unidad de la especie y la unidad de descendencia. Era para ellos un medio de conservar los principios en los cuales se encontraba una pretendida base apoyada en las ciencias naturales, sin sacrificar su convicción concerniente á la pluralidad de los orígenes.

Entre estos sabios, se encuentra en primera línea Waitz: «Mantendremos, dice, la proposición según la cual la unidad de la especie se deriva de la unidad demostrada, del tronco, *pero no en modo alguno la otra proposición que los zoólogos han cometido el error de considerar como inseparable de la primera, y de aquí una descendencia separada*, allí donde puede establecerse lo que *sería una prueba suficiente de la diversidad de especies.*»

Después de haber, preparado prudentemente un terreno favorable sobre el cual el autor puede erigir sus opiniones poligenéticas, continúa del modo siguiente: «Según numerosos ejemplos reunidos por Geibel, la hipótesis según la cual las diversas especies de animales provienen de parejas primitivas únicas, es en un gran número de casos insostenible: las unas (son numerosas), no pudiendo existir sin la existencia de otras especies que les sirven de alimento; los otros, igualmente numerosos (el topo, el castor, muchos caracoles y la mayor parte de los animales

de agua dulce), no están dotados de un poder de desplazamiento suficiente para explicar su progresiva extensión sobre todo el territorio que actualmente ocupan.

«*Sería difícil, por lo demás, representarse cómo han sido primitivamente creados por una sola pareja los animales que viven en rebaños ó bandas.* Se ha reconocido recientemente la necesidad de admitir, al menos para muchas especies, *varios centros de creación* y puntos de partida primitivos; *pero, por consiguiente, parece al mismo tiempo indispensable distinguir constantemente entre la unidad de especie y la unidad de tronco*, los cuales, después de todo, como se ha comprobado, no concuerdan en sus nociones.

•Después de haber establecido esta distinción, Waitz somete á una crítica minuciosa todos los argumentos invocados por y en contra del poligenismo, y acaba por prevenir el error en que caen ordinariamente los que hacen provenir todas las razas humanas de un punto único, el paraíso, colocado ordinariamente en el Sudoeste de Asia, y que creen poder explicar las emigraciones primitivas de las razas humanas.

«Por otra parte (sigue diciendo Waitz), los argumentos positivos que se han establecido para probar que el hombre descendía de una pareja única, no han tenido gran valor, *si es que existen* científicamente. Sin que entremos á discutir con aquéllos, para los cuales en el relato del Antiguo Testamento encuentran argumentos, no podemos menos de considerar muy inverosímil la hipótesis de una pareja única, porque jamás vemos que la naturaleza obre inconsideradamente, como lo hubiese hecho si en una época cualquiera la aparición y el origen de una especie hubiese tenido un hilo débil: la existencia de una sola vida

humana. Es verdad que este argumento no está tomado más que á las consideraciones teológicas y no á consideraciones físicas ó fisiológicas; es verdad también que no convendría exagerar su valor, ni tampoco para caracterizar el solo (?) punto de apoyo que este asunto ofrece á nuestro examen.»

«Waitz, combatiendo en seguida la opinión poligenética extrema de Agassiz y de sus partidarios acaba por decir: *Está ciertamente permitido el admitir que también los hombres han aparecido en masa sobre el globo en diversos centros de creación* y que los pueblos de la tierra han brotado cada uno de una pareja-origen ó de muchas parejas; es permitido igualmente admitir que hayan brotado de mezclas que hubieran sido producidas por los descendientes de parejas diversas. Sería difícil, teniendo en cuenta lo que hasta el presente es conocido, negar la verosimilitud de esta hipótesis...»

«Al resumir lo que á nuestra crítica se refiere, es preciso reconocer que para todo juicio reflexivo una parte de la opinión queda intacta... Esta parte es la proposición según la cual quizá ha habido en la zona tórrida muchos puntos en los cuales han aparecido hombres en otro tiempo y de los cuales puntos han partido. «Así habla uno de los antropólogos más circunspectos en esta cuestión.

Según este ejemplo, las personas que estaban colocadas en el punto de vista teológico-científico no se han preocupado más que en prevenir toda función entre la cuestión de la descendencia y la de la unidad «moral» del género humano. Esto es lo que, entre otros, ha hecho el teólogo Pfleiderer.

La cuestión de saber si el hombre desciende una pareja única debe ser abandonada á las libres investi-

*gaciones de las ciencias naturales, guiándose según sus propias leyes.* Ni aquí ni allá es preciso asegurar á estas ciencias el objeto á que deben encaminarse. Los teólogos apologéticos que pretenden casi todos proscribir las, dan pruebas de una gran desconfianza ó de un profundo *desdén á la verdad.* *La verdad no se puede hacer y construir como se quiere, no se puede encontrar más que por leales investigaciones;* y cuando ha sido encontrada sin ambigüedad posible, exige que se la reconozca sin reservas ni restricciones. Por otra parte, estos mismos teólogos tienen también una desconfianza, no menos grave, enfrente de su propia causa: parecen admitir que ésta reposa sobre la arena, que debe temblar y vacilar ante todo resultado obtenido por las ciencias naturales. En cuanto al verdadero apologético, su tarea (y no puedo tener otra) es mostrar que los resultados, cualesquiera que sean, de la investigación en las ciencias naturales, no pueden (lejos de esto) *tener nada de común* con los verdaderos intereses de la fe religiosa.

Admitamos que las ciencias naturales lleguen á este resultado: la humanidad no puede haber salido de una sola pareja; la diferencia actual de las razas se remonta á diferencias primitivas de especies, y, por consiguiente también á comienzos autóctonos, múltiples en diversas partes del globo. ¿Qué habría aquí en el fondo falso para la concepción religiosa de la humanidad? ¿Suprimiría esto, como se dice, la unidad del género humano y del mismo golpe su corolario: *el deber de fraternidad y de amor universal entre los hombres?*

Pero esta unidad no puede reposar más que sobre la descendencia física. ¿No puede haber otra base, en parentesco intelectual, es decir, la *semejanza esencial*

*Lucha de razas.*

*de las actitudes intelectuales?* Nadie ha tratado jamás seriamente de negar estas aptitudes, este parentesco intelectual, entre todas las razas humanas. Existen estas actitudes, sea cualquiera el nivel en que se encuentre el grado de desarrollo en que hayan quedado. Y es de ello testimonio incontestable la generalidad de la facultad del lenguaje, carácter específico de la humanidad. Por otra parte, la historia, por lejos á que se remonte, nos enseña que las razas humanas, desde los tiempos más remotos, han sido muy extrañas; que como enemigos han acampado unas frente á otras, y que siempre y por todas partes, sólo á medida que el desarrollo de la civilización ha ido aumentando, han caido las barreras. Pero si la historia nos muestra que los *hombres, hostiles en un principio entre sí, no se han fundido más que poco á poco*, ¿por qué la unidad de los hombres, en lugar de colocarse en el origen del desarrollo de la humanidad, en donde, *en todo caso, no hubiera durado más que muy poco tiempo*, no debería inclinarse más bien al fin de este desarrollo, fin que sería el objeto hacia el cual se dirige (1)?

### XIII

#### Hechos en favor del poligenismo.

Se acaban de leer las opiniones de pensadores é investigadores pertenecientes á nuestro siglo. Colocándonos en el punto de vista subjetivo, hemos calificado de científicas las opiniones de este género. Desde el punto de vista objetivo, no podemos considerarlas

(1) Pfeiderer. *Die Religion*, tomo 1 pág. 288.

más que como hipótesis en tanto que no hayan sido científicamente demostradas.

Hasta que lo sean, la ciencia exacta deberá buscar infatigablemente las pruebas y los hechos que corroboran esas hipótesis y que pueden servirles de base.

Pasemos revista á ciertos hechos que entran en el resorte de la historia y de la observación, y examinemos si confirman las hipótesis de que hablamos. He aquí uno que nos parece llenar las condiciones apetecibles.

Por todas partes, en los comienzos de la historia conocida, encontramos un *número considerable* de razas humanas que se miran entre sí como enemigas por la sangre y de diferente descendencia. Esta multiplicidad desaparece en el curso de la historia, sea «por amalgama», sea «por extinción». Del mismo modo, en las partes del mundo nuevamente descubiertas, encontramos en los pueblos en el estado natural, como suele decirse, *un número infinito de tribus, de hordas y de bandas* que se odian mortalmente, se atacan, se hacen la guerra y se destruyen. Además, en épocas conocidas posteriores al descubrimiento de estos países, gran parte de dichas razas está ya extinguida ó á punto de extinguirse. Hay otras que se fusionan, generalmente, bajo la influencia de la conquista europea y que acaban por constituir grande masas homogéneas. Actualmente, la pluralidad primitiva de las tribus de los pueblos que se nos presentan en la historia en las unidades amalgamadas, se manifiesta en las leyendas acerca de su descendencia. Estas leyendas presentan por todas partes los mismos rasgos generales. La génesis de tales leyendas es siempre y en todas partes la misma, puesto que no son aquéllas otra cosa que ideas determinadas por la constitución del espíritu

humano, merced á una operación mental natural á la cual no puede sustraerse.

Por todas partes, en efecto, en que un gran número de tribus haya llegado á una unidad política ó social, sin que sus diferencias primitivas se hayan borrado por completo ó que no se haya perdido la conciencia de ellos, el espíritu humano, en virtud de su naturaleza misma, se explica esta pluralidad en la unidad por medio de un autor común cuya posteridad se ha dividido en muchas líneas. Esta explicación está absolutamente fuera de lo que realmente pasa; no es en rigor más que una forma de pensar sacada de la observación cotidiana de la familia y adoptada por el espíritu humano.

Esta explicación, por lo demás, está apoyada por otra costumbre mental, desarrollada en nosotros á causa del efecto de la observación del mundo que nos rodea. En la vida cotidiana vemos los miembros de una familia, los hermanos y hermanas, parecerse mucho. Esta observación, que por todas partes y sin cesar se nos impone, produce en nosotros una forma mental en cuya virtud nos referimos á una *descendencia común*, y explicamos mediante ella, toda semejanza encontrada en la realidad entre diversos grupos de hombres.

Tan poderosa es esta costumbre, que, como es sabido, la analogía entre ciertos monos y ciertos hombres ha hecho pensar en un parentesco de familia, en una comunidad de origen. La comunidad de origen entraña una semejanza de tipo. Pero, ¿se sigue de aquí que á la naturaleza le sea imposible producir espontáneamente tipos semejantes, aun sin un miembro intermediario, sin una pareja de padres comunes? Aquí todavía se parte de la observación cotidiana

tan limitada, y se sacan conclusiones que se pretende aplicar al conjunto de fenómenos cósmicos. Nada, sin embargo, implica que tengan éstos entre sí las mismas relaciones que tenían aquéllos. No hay, por lo demás, nada de absurdo, ni nada de contradictorio, en general, para inferir de la semejanza la comunidad de origen. La ley según la cual la naturaleza hace predominar la analogía de los tipos en sus diversos productos, en sus diversas cuestiones, continúa manifestándose en cada una de sus creaciones, puesto que éstos á su vez, cuando engendran, producen tipos semejantes á ellos. Lo que es falso como razonamiento, es deducir de la semejanza tipos de *segunda serie*, en la imposibilidad de la semejanza de los tipos de la *primera serie*.

Apartémosnos de estas explicaciones evidentemente falsas. En todos los casos en que nos encontremos leyendas que atribuyan á las ramas derivadas de un tronco común las diferencias sociales existentes, nos encontramos en realidad en presencia de productos de una amalgama política ó social más ó menos grande llegados á un grado de unidad tal, que experimentaban la necesidad moral de figurarse un autor común ó la idea de una comunidad de origen sirviendo á los intereses de uno de los elementos sociales; en general, los intereses de un elemento que gobierna. '

Los hechos históricos siguientes y las leyes del desarrollo histórico sobre los cuales reposan aquéllos evidentemente, parecen probar que en todas partes ha sucedido lo mismo.

La historia auténtica de todos los estados de la antigüedad, de la Edad Media y de los tiempos modernos, nos muestra cómo un gran número y una gran variedad de tribus y de elementos sociales se aproxi-

man más y más á la unidad y á la homogeneidad, y cómo la mayor parte de los elementos primitivos y diferentes abandonan sus particularidades en favor del todo unitario. De esta manera, en los tiempos históricos han desaparecido numerosas tribus con todos sus caracteres particulares. Ya en la antigüedad vemos semejantes procesos de amalgama y de unificación cumplirse en los grandes Estados del *Asia Menor* (Persia); les observamos igualmente en Grecia y en Roma; más tarde vemos que se producen en mayor escala en Alemania, en Francia y en Inglaterra; actualmente, semejante proceso se desarrolla ante nuestros ojos en Rusia y parcialmente en Austria.

Sería difícil actualmente encontrar sobre la tierra un pueblo que no fuese el resultado de semejante proceso de amalgama. Por todas partes adonde dirigimos nuestras miradas, vemos estas amalgamas étnicas. Pueden citarse como un ejemplo interesante á este propósito, los boërs del Sud de Africa, que se podrían tomar por una raza homogénea.

Fritsch hace notar que los boërs del Sur de Africa, llámándose á sí mismos boërs holandeses, cometan una falta contra la lengua holandesa (porque la desinencia *s* para el plural, no es holandesa), aunque lo que entre ellos hay más holandés sea la lengua, la cual en su conjunto es holandesa.

En cuanto á los colonos, se tendría tanto derecho á llamarlos *franceses* ó *alemanes* como á llamarlos holandeses.

Los nombres de familia suministran la mejor prueba: encontramos, por ejemplo, nombres tales como Voesse (Fouché), Fillie (Villiers), Wiwije (Viviers), Jouberth, de Toit, de Polissier, Duplessis, Maré, etc..., es decir, nombres franceses bien auténticos, cuya mayor parte

han sido transportados al Africa por familias de hugonotes admitidos á título de colonos en 1687. Es notable que el nombre ha sido frecuentemente desfigurado por traducción á *la lengua holandesa adoptada* por estas familias. Hay, además, nombres tales como Krüger, Brandt, Schumann, Krause, Schreiber, Hardtmann: éstos son de origen alemán, y se remontan igualmente á una época muy alejada. El boér Hardtmann, por ejemplo, fué el primer colono que se fijó en la localidad en que se eleva actualmente el Puerto Elisabeth. Los nombres holandeses están tambien, naturalmente, muy esparcidos; los más célebres son: Ugs, Potgieter, Boota, Bloem, Van Runen, Van der Graf, Bezuidenhout, etc.... De nombres ingleses no se encuentra más que alguno que otro.

La lucha por la existencia se entabla entre estas *nacionalidades mezcladas*: el elemento holandés y el elemento alemán, sin duda más en armonía con la naturaleza ambiente, triunfaron, de suerte que la flemaz holandesa y la perseverancia alemana están en el número de las particularidades características de los boërs, mientras que nada de la vivacidad francesa se encuentra en ellos.

Se nombran á sí mismos con orgullo *Afrikander*, y el verdadero holandés es para ellos un *Uitlander* (extranjero) del mismo modo que el inglés.

Pueden los boërs atribuirse esta denominación de africanos, con tanta más razón cuanto que la sangre africana está muy repartida entre ellos. El Sur de Africa ha sido precisamente, desde los orígenes de la colonia, uno de los campos de ensayo en que mejor se ha demostrado prácticamente que aun las más diferentes *razas del género humano se mezclan fácilmente con fecundidad*, y puede decirse que en el Africa

del Sur, todas las clases de la población han contribuído á poner claramente en evidencia este hecho excesivamente importante para el antropólogo.

Esta mezcla del color se denuncia frecuentemente todavía en los individuos rubios, por el tinte un poco ceniciente de la piel y por cierto reflejo pálido, así como por lo rizado del cabello: dicha mezcla ha dado á ciertos morenos un color muy acentuado. Por otra parte, la vida en las soledades, sin contacto con la civilización de la madre patria, ha rebajado en general notablemente el grado de cultura intelectual (1).

Se podrían tomar de la historia, aún de la contemporánea, innumerables ejemplos de amalgamas étnicas análogas. Tenemos, por lo tanto, perfecto derecho para considerar, como obedeciendo á una ley natural de la historia, un hecho que puede mostrarse produciéndose siempre y por todas partes en los tiempos históricos; y puesto que por todas partes y en el corto lapso de tiempo que representa la historia conocida, podemos *contestar y observar esta ley natural*, nos vemos evidentemente forzados á reconocer que ha existido y que ha producido sus efectos en los tiempos históricos (2).

¿Cómo ha de ser posible creer razonablemente que una *ley social natural* no haya obrado en el dominio del desarrollo humano más que durante el corto período de tiempo que ha llegado *accidentalmente* á nuestro conocimiento por testimonios autorizados? Una lógica medianamente sana, ¿no debe, por el contrario, reconocer que esta ley *debía ya obrar*, durante estos *milla-*

---

(1) *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde*. Berlin tomo viii, 1881, páginas 82 á 83.

(2) Véase la nota del cap. xx.

*res y centenares de millares de años de la humanidad, de los cuales no tenemos ningún conocimiento histórico?*

Admitiremos, pues, que esta ley social natural ha obrado en los tiempos prehistóricos de la humanidad, y desde entonces todos los pueblos, los más primitivos, todas las naciones, las más primitivas, que se nos aparecen en los resplandores primitivos de los tiempos históricos, serán para nosotros los productos de un proceso de amalgama (ya terminado en los tiempos históricos) entre los elementos étnicos heterogéneos, semejantes á aquellos que nos presentan las naciones de la historia conocida y las naciones actuales. Esta manera de ver se halla confirmada en muchos respectos por los estados sociales transmitidos por la historia, pueblos entre los cuales encontramos (como en la India y el Egipto) troncos sociales, castas, que (se puede demostrarlo con testimonios históricos y vestigios antropológicos) acusan concreta é incontestablemente un origen diverso.

Tomemos por guía esta ley natural que surge también del examen de la política, de la naturaleza, como del examen de los hechos históricos; persigamos el desarrollo de la humanidad hasta en los tiempos prehistóricos. Remontémonos á los comienzos más lejanos de la humanidad, y encontraremos, no una sola pareja, idea que la experiencia cotidiana hace gravitar sobre el espacio humano y que la Biblia ha recogido, sino por el contrario, un número infinito de *bandas humanas heterogéneas*. ¿Cómo poblaron estas bandas el globo terrestre? Esto es lo que para nosotros resulta inexplicable, lo que para nosotros está envuelto todavía en el misterio de la Creación (1).

(1) Admitiendo que numerosas bandas humanas recubrieran primitivamente la tierra habitable, hemos llegado, en nuestro

## XIV

**Marcha del desarrollo étnico de la humanidad.**

Los hechos que acaban de ser presentados nos permiten sacar una inducción interesante á propósito de la marcha del desarrollo étnico de la humanidad. Del desarrollo de los pueblos en los tiempos *históricos* hemos inferido lógicamente el estado primitivo verdadero del género humano. Este estado que hemos encontrado por una conclusión *a posteriori*, y que es el solo verdadero para esta época, comparémosle con aquel que encontramos en los comienzos de los tiempos históricos. Notaremos entonces en el desarrollo étnico de la humanidad así como en los tiempos históricos y en la época actual, una doble tendencia. De una parte,

---

terreno sociológico, á *uno de esos hechos primordiales*, más allá de los cuales no puede pasar ninguna ciencia. Tal es el *caos* primitivo, tal es la nebulosa primitiva del geólogo, tales son los átomos del físico. No se puede reprochar á ninguna ciencia que comience por una hipótesis de este género, porque ninguna puede traspasar los límites de su horizonte. Si se nos pregunta por qué comenzamos por estas bandas primitivas y por qué no dirigimos nuestra investigación hacia la manera cómo se han producido, hacia sus comienzos, responderemos sencillamente que este hecho, esta hipótesis, nos parece bastar provisionalmente para explicar todo el desarrollo social subsiguiente y para establecer la regularidad. Pero inmediatamente, para explicar el desarrollo *social*, nos hace falta partir de un hecho *social*. Las fuerzas que obran actualmente en las comunidades sociales no pueden ser más que fuerzas *sociales*; las que han influido en el origen de las cosas no han podido ser más que fuerzas *sociales*, manifestándose en las comunidades sociales. No tenemos, pues, que examinar cómo se han formado estas bandas primitivas.

el número primitivo, infinito, de las hordas y tribus humanas homogéneas, va sin cesar disminuyendo por efecto de una fusión de donde habían de salir las futuras amalgamas étnicas. Por otra parte, las tribus conocidas históricamente *aumentan y se propagan*, como lo vemos en la vida cotidiana. En resumen, el desarrollo de la humanidad progresá por dos hechos: el primero, porque las unidades étnicas, constituyendo una infinitamente *grande pluralidad*, desaparecen poco á poco y se reducen á un *número* de tribus cada vez más pequeño; el segundo es que estas tribus, en número más reducido, generalmente formado por amalgama, no cesan de crecer y de aumentar. A estos dos hechos corresponden las dos creencias contrarias á las que acabamos de hacer alusión; la una de más á menos, la otra de menos á más.

Estas tendencias hemos comenzado por reconocerlas en nosotros, apoyándonos en leyes naturales averiguadas. Después de haber constatado así la exis-

---

tivas; las investigaciones sociológicas no tienen para qué ocuparse de esta cuestión; no nos concierne. Que el antropólogo, que el zoólogo, que el darwinista lo profundicen como mejor les parezca. En cuanto al sociólogo, la hipótesis de las bandas primitivas le basta; no tiene necesidad de remontarse más lejos en la oscuridad de su génesis. Lo que le es preciso es negar que tengan ellos un origen *individualista*, cosa que es imposible poner de acuerdo con toda la serie de fenómenos sociales subsiguientes.

Para terminar, vamos á defender todavía nuestra actitud citando á Lotze: «*De dónde proviene el primer orden?*», se nos objetará. No lo sabemos y no tenemos razón alguna para expresar aquí la hipótesis que pudiéramos formar á este propósito. Y más adelante: «*No es tampoco nuestra tarea buscar el primer origen de la vida; no nos cuidamos más que de las leyes según las cuales lo que ha sido creado milagrosamente se mantiene en los límites de nuestra observación.*» (L. c., tomo I, página 70.)

tencia de ellas por un procedimiento de lógica, las encontramos en la historia conocida y en la historia contemporánea.

¿No existen actualmente, todavía tribus enteras y hordas de pueblos en estado natural? Estas tribus y estas hordas, ¿no se van siempre convirtiendo y como cerrándose al compás que se agrandan? Y no hay aquí una refutación grave de la idea corriente relativa al desarrollo de la humanidad: al principio una pareja ó algunas parejas solamente, más tarde un número de parejas cada vez más grande.

De otra parte, entre las tribus humanas—las que quedan—¿no hay un gran número que evidentemente, y según la estadística, no cesan de redondearse?

Esta doble tendencia del desarrollo de la humanidad, este fenómeno singular, contradictorio, no es otra cosa que la gran ley natural, social, que, habiendo comenzado á obrar desde el principio de los tiempos primitivos, no ha cesado jamás de afirmarse, se manifiesta aún en nuestros días y se mantendrá verosímilmente en tanto que existan hombres sobre la tierra.

En cuanto á la explicación de este fenómeno, podría buscarse en una ley de equilibrio, según la cual el mundo orgánico permanece sobre la tierra igual á sí mismo. La masa de los organismos en la superficie del globo no puede menos de permanecer invariable y se determina por las condiciones cósmicas de este globo: es fácil de concebirlo. Pero ¿cómo se concluirá esta invariabilidad con esta inclinación que es inherente á los organismos y que lo hace tender á multiplicarse? Es que las especies animales retroceden y desaparecen ante el hombre, y que ciertas razas están en camino de desaparecer, mientras que otras se

extienden ganando terreno. No pudiendo el globo terrestre cambiar de peso, se diría que en su viaje al través de los espacios celestes no puede llevar más que cierto número de pasajeros. Mientras que unos se multiplican es menester que los otros perezcan. Esta ley natural podría dar cuenta de los instintos salvajes inmanentes entre los hombres: las diferentes especies los manifiestan los unos contra los otros y todos en frente de los otros géneros de animales.

No está determinado—podemos decirlo—que aumente el *número de hombres* sobre la tierra. Es cierto que la mayor parte de los estadistas admiten que este número crece: razonan por analogía después de haber comprobado que en nuestros días tal ó cual población no cesa de aumentar. Otros sabios, Gobineau por ejemplo, opinan que el número de hombres sobre la tierra era más considerable en otro tiempo que ahora (1). Muchas circunstancias y testimonios parecen favorables á esta última hipótesis. Es posible explicar estas contradicciones: ciertos grupos humanos aumentan á expensas de otros grupos, y el número de hombres sobre la tierra queda siempre igual á sí mismo (2).

(1) Gobineau: *Desigualdad de las razas*, tomo 1, páginas 355 y 356.

(2) Parece demostrado que numerosos «grupos humanos», al contrario que otros grupos, no tienen la facultad de multiplicarse y de recorrer un desarrollo histórico, pero persisten en su estado rudimentario. Gobineau señala también este hecho «Como un pueblo, ó mejor una tribu, en el momento en que cediendo á un instinto de vitalidad pronunciada, se da leyes y comienza á representar un papel en este mundo; por lo mismo que sus fuerzas crecen, se encuentra en contacto inevitable con otras familias, y *por la guerra ó por la paz*, acierta á incorporarlas. No es dado á todas las familias humanas alzarse á este primer grado, pasaje necesario que una tribu debe franquear para

## XV

**Explicación entre el darwinismo y nosotros.**

Ya durante los siglos últimos, en Europa, los pensadores y los investigadores, cuantas veces hacían una observación ó concebían una idea que no estaba conforme con las doctrinas adoptadas por la Iglesia, se preocupaban en demostrar que su descubrimiento ó su

---

llegar un día al estado de nación. Si cierto número de razas que no se han colocado muy altas en la escala civilizadora la han sin embargo, atravesado, no se puede decir con verdad que sea esta una regla general; parecería, por el contrario, que la especie humana experimenta una gran dificultad al elevarse por encima de la organización *parcelaria*, y que es solamente por grupos especialmente dotados como se ha verificado el paso á una situación más compleja. Yo invocaría en testimonio el estado actual de un gran número de grupos esparcidos en todas las partes del mundo. Estas tribus groseras, sobre todo las de los negros pelagios de la Polinesia, los samoyedos y otras familias del mundo boreal y la mayor parte de los negros africanos, no han podido salir jamás de esta impotencia y viven yuxtapuestos los unos y los otros y en relaciones de completa independencia.» Estas últimas frases, de las cuales parecería resultar que estas tribus *no hacen del todo la historia*, están contradichas parcialmente por el siguiente pasaje. «Los más fuertes matan á los más débiles, los más débiles tratan de poner la distancia mayor posible entre ellos y los más fuertes, á esto se limita toda la política de tales embriones de sociedad que se perpetúan desde el comienzo de la especie humana en un estado imperfecto sin haber podido hacer jamás otra cosa mejor.» (L. c., tomo I, páginas 42 y 43.) Estas hordas hacen también á su manera la historia, es decir, que no pueden sustraerse al proceso natural social: lo recorren, y mueren los más débiles á manos de los más fuertes, evacuan el puesto y desaparecen del teatro de la historia.

manera de ver, se conciliaba con estas doctrinas, ó por lo menos no las contradecían. Semejantes esfuerzos son en la actualidad muy frecuentes, principalmente entre los ingleses y franceses. El mismo Darwin tuvo que hacer este sacrificio á su nación esclava de la fe y recomendar su teoría á sus compatriotas como no contradictoria de la religión.

En Alemania se ha franqueado ya esta etapa: se prescinde de estas concesiones y de estas excusas á la religión.

Parece que el espíritu humano se siente inclinado á los dogmas, á la fe en la autoridad, hasta el punto de no hacer más que cambiar su ídolo, pero no pudiendo vivir sin él.

Es cierto que una parte considerable de nuestra aristocracia intelectual ha perdido la costumbre de la creencia en la Iglesia y en la autoridad de los dogmas religiosos, pero esto no ha sido más que para poner en su lugar el *darwinismo*.

El darwinismo, aun en sus más mínimos detalles, es actualmente una cosa sacrosanta para una gran parte del mundo científico y del mundo no científico: sus partidarios recuerdan los antiguos adeptos de los dogmas, hasta por el fanatismo ciego con que defienden su doctrina y condenan, no como heréticos, sino «como *dilettanti*, para los cuales la *integralidad* del reino del Viviente es libro cerrado» á todos los que no juran por ella desde el alpha hasta la ómega (1).

(1) Estos ataques, y ataques análogos contra los adversarios científicos, se encuentran principalmente en la obra de Oscar Schmidt, *Descendenzlehre und darwinismus* (Leipzig, 1873). Véase en esta obra, independientemente del pasaje anterior, la página 272 en que el autor se desembaraza de una objeción muy lógica de un adversario, diciendo que da testimonio «de la más

En modo alguno pretendemos valer más que los sabios é investigadores que en los siglos últimos han procurado atraerse los poderosos del día; no intentamos parecer mejor que esos sabios. Procuremos no atraernos la hostilidad de los señores darwinistas. No quiere esto decir que nos adhiramos en todo y por todo al darwinismo. No, nosotros vemos en esta doctrina muchos errores y exageraciones, pero justo es reconocer que contiene numerosas verdades. No podemos dar nuestra adhesión á los primeros, pero de buen grado reconocemos las segundas. Nos esforzaremos, por lo tanto, por vivir en buena inteligencia con el darwinismo.

Veamos, pues, si el darwinismo puede admitir la pluralidad de los orígenes humanos y si puede admitir también que se explique por esta diversidad de orígenes, la gran variedad de tipos de troncos humanos. Podemos decir con satisfacción que Darwin y sus partidarios nada tienen que objetar contra semejante concepción. El darwinismo está tan preocupado con la cuestión del transformismo y de la selección, que nunca ha encontrado ocasión de ocuparse en saber si los orígenes son únicos ó múltiples. El espíritu de esta doctrina, por lo demás, es que no haya más que *una sola* línea genealógica de transformación; el darwinismo tiene perfecto derecho, sin renunciar á sus consecuencias lógicas, á reconocer muchas líneas de este género. Puede decirse además, que es una necesidad para él concedernos la existencia de estas líneas vecinas y paralelas. Si no lo hiciese, se vería forzado á

---

grosera ignorancia en *lo que concierne á la teoría de la descendencia*. A esta ignorancia opone, no una refutación, sino una frase dogmática. ¿No hacen lo mismo los defensores de los dogmas eclesiásticos?

admitir, que en el momento en que se ha producido la célula orgánica primitiva, no existía más que una sola célula, de la cual habría brotado por desarrollos incesantes, por metamorfosis continuas, el mundo animal entero. El darwinismo dista mucho de admitir esta hipótesis absurda, y se guarda muy bien de intentar hacerla. Ha declarado expresamente que no entendía hablar más que de *formas primitivas*. En cuanto á saber si se han encontrado una ó muchas especies de estas formas en el principio de su desarrollo, la cuestión no tiene importancia para el darwinismo. Desde su punto de vista tiene razón de no preocuparse de este problema superfluo, llevando toda su atención sobre las pruebas de la transformación de las especies y los medios por los cuales se opera esta transformación. El darwinismo no tiene necesidad de contestar que este proceso se cumple sobre muchas líneas de desarrollos vecinos, quizá también sobre numerosas series de líneas de desarrollo repartidas en la superficie de la tierra.

Esta manera de ver, después de todo, no le es contraria. Los discípulos de Darwin pueden, sin que les cueste nada, declararse por la pluralidad de los orígenes de la humanidad y contra la unidad de la primera pareja, y aun esta pluralidad (á la verdad, en un sentido restringido del cual vamos á hablar) parece resultar tan naturalmente del darwinismo, que si fuese á creerse á los discípulos, sería «absurdo» plantear semejante cuestión. «A menudo se ha agitado la de saber si la humanidad desciende de una pareja ó de muchas parejas, dice Oscar Schmidt. Esta cuestión, es, sin embargo, absurda: la raza en la cual ha aparecido más tarde el lenguaje, se ha separado poco á poco de los antepasados animales, y la selección,

conduciendo al lenguaje y á la razón, debía cumplirse en *grandes comunidades* de individuos (1).»

Büchner, el más fiel intérprete y el popularizador de Darwin, trata igualmente esta cuestión como una futilidad: «Una vez admitida la posibilidad de la transformación (progresiva ó de golpe, poco importa) del tipo mono y del tipo humano, es bastante indiferente saber si esta transformación se ha hecho una vez ó muchas veces, si se ha verificado aquí ó allí, y si las diferencias actuales entre las razas humanas provienen de transformaciones progresivas de un tipo humano primitivo ó de diferencias de antepasados (2).»

Haeckel no toma esta cuestión con la indiferencia con que la tratan Schmidt y Büchner. Aquí todavía sobrepuja á Darwin.

Haeckel rechaza con horror, conforme al espíritu del darwinismo, la pareja de padres únicos tal como la Biblia admite, y no deja de darse buena traza para demostrar que la humanidad proviene de un *lugar único*, la *Lemuria*, lo que á nuestro entender no es menos contrario al espíritu de Darwin que lo de la pareja única.

Haeckel profesa, el poligenismo en el sentido estrecho de la palabra, y el monogenismo en el amplio sentido de la expresión. He aquí como se expresa en los desarrollos en que emprende la tarea «de explicar, desde el punto de vista del darwinismo, la cuestión tan controvertida del origen único múltiple del género humano, de sus especies ó de sus razas».

«Sabido es que, á propósito de esta cuestión, exis-

---

(1) Oscar Schmidt, l. c., pág. 385.

(2) Büchner: *Der Mensch und seine Stellung in der Natur* segunda edición, pág. 138.

ten desde hace largo tiempo dos grandes partidos adversarios: los *monofiletas* y los *polifiletas*. Los monofiletas (ó monogenistas) afirman el origen único de todas las especies humanas y su parentesco sanguíneo; los polifiletas (ó poligenistas), por el contrario, opinan que las diversas especies ó razas de hombres tienen origen independiente.—Según las investigaciones genealógicas que preceden, es cierto que *la opinión monofilética, en su más amplio sentido, es en todo caso la más exacta*. En efecto; aun suponiendo que *muchas veces* haya habido transformación de monos antropoides en hombres, estos monos se relacionarían los unos á los otros por la unidad del *árbol genealógico* de todo el orden de los monos. En todo caso habría parentesco sanguíneo propiamente dicho; solamente que este parentesco sería, ó más próximo, ó más alejado. La opinión polifilética en *su sentido estrecho*, por el contrario estaría justificada por el desarrollo independiente de las diversas lenguas primitivas. Por consiguiente, si se considera el origen del lenguaje articulado como el acto principal y especial del *venir á ser humano*, y si se quiere distinguir las especies del género humano por sus troncos de lenguas, se podría afirmar que las diversas especies de hombres se han producido independientemente los unos de los otros. Esto equivaldría á decir: constituyen diversas ramas que se relacionan entre sí más ó menos lejos de la raíz y el tronco común,—hombres primitivos que no poseían todavía el lenguaje cuando se alejaron de los monos, de los cuales habían salido sin intermediario y que por sí mismos formaron las lenguas primitivas.

»Todo nos confirma en la convicción, por muchas razones, de que *las diversas especies de hombres* primiti-

*tivos sin lenguaje*, provienen todos de una forma común, hombres-monos, lo cual no quiere decir que «todos los hombres se deriven de una sola pareja». Esta última hipótesis que nuestra civilización indo-germánica moderna ha tomado al mito semítico de la historia mosaica de la creación es *absolutamente insostenible*. ¿A qué discutir si el género humano proviene ó no de una pareja única? Esta famosa controversia no tiene razón alguna de ser. La cuestión así planteada, *se plantea en falso y de un modo absurdo*. Tanto valdría discutir si todos los perros de caza ó todos los caballos de carrera provienen de una pareja única; si todos los alemanes ó todos los ingleses provienen de una pareja única, etc.... Una «primera pareja humana», un «primer» hombre no han existido jamás, del mismo modo que respecto de los ingleses, los alemanes, los caballos de carrera ó los perros de caza, puede decirse que jamás ha habido una primera pareja, un primer individuo. Cuando una especie nueva procede de una especie existente, es naturalmente por un lento proceso de transformación, del cual participan numerosos individuos diferentes, constituyendo una larga cadena. Suponiendo que tuviéramos delante de nosotros las diversas parejas de monos-hombres y de hombres-monos que se encuentran en el número de los verdaderos antecesores del género humano, no se podría, más que en virtud de una decisión puramente arbitraria, designar una cualquiera que fuera la primera en fecha. No es menos imposible derivar de una primera pareja cada una de las doce razas humanas de la especie (1).»

---

(1) Haeckel: *Naturliche Schöpfungs geschichte*, quinta edición, 1874, págs. 599 y siguientes.

Es evidente que estas explicaciones de Hæckel son muy embrolladas; pero no es menos evidente cuál es la causa de esta oscuridad y embrollo.

Hæckel comprende muy bien que pecaría contra el espíritu de toda ciencia sana y natural y contra el espíritu del darwinismo, haciendo derivar á la humanidad de una pareja única. Se ve, por consiguiente, obligado á rechazar esta hipótesis. Por otra parte, preocupado con su tema, la construcción de un árbol genealógico único y el descubrimiento del centro de origen de la humanidad (la Lemuria), no quiere cortarse la retirada. De aquí sus semiexplicaciones, la distinción entre el monogenismo en su sentido amplio y en su sentido restringido.

Hæckel está en un completo error. Si es ir en contra de las ciencias naturales en su conjunto y en contra del darwismo admitir «la unidad de pareja», no lo es menos admitir «la unidad de localidad». Las razones que contradicen el monofiletismo en el sentido más restringido y más amplio de la palabra, son igualmente oponibles al monofiletismo de Hæckel «en el sentido amplio», porque ciertamente es un contrasentido admitir que los organismos y formas animales inferiores y muy inferiores, de los cuales haya salido el hombre, como se le imagina, para desarrollarse durante millones de años, no hubieran sido representados más que por algunos ejemplares, bien que actualmente todavía vemos por todas partes estos organismos y estas formas animales en masas considerables(1).

(1) Admitamos, por ejemplo, el *bathybius* de Hæckel. Hay un gran número de millares de metros cúbicos de fondos marinos que se componen de cierto limo acuoso al tacto. Este limo está formado parcialmente de partes inorgánicas cuya naturaleza

Pero igualmente se incurre en un contrasentido al restringir á un solo punto del globo la presencia de esos organismos muy inferiores, de los cuales, según la teoría de Darwin, el mundo animal posterior había aparecido en el curso de millones de años. Si el darwinismo tiende por todas partes y siempre á la simplicidad, á la explicación sencilla de los fenómenos, no entiende por esta palabra la simplicidad de los *hombres*. Semejante simplicidad sería artificial y contra naturaleza. En un modo de explicación *natural* (y por este natural es sencillo el darwinismo) no existe motivo para designar una *localidad* única como foco de nacimiento del mundo animal y del mundo humano. El proceso natural que se supone haberse desarrollado en las profundidades oceánicas de uno de los hemisferios, debió cumplirse en las profundidades oceánicas del otro hemisferio. A la verdad, las diversas localidades deben haber impreso diversos caracteres individuales á este proceso natural y á sus productos; es esta en todo caso una suposición que el mundo animal y el mundo real están bien lejos de contradecir.

El obstáculo no se encuentra en nuestra hipótesis, se le ve en el darwinismo mismo, pero en el hæckelismo, ó, por lo menos, en ciertas partes de la teoría de una escuela que lleva hasta el extremo la doctrina del maestro. En verdad, este fenómeno tiene todavía una causa más profunda, y de esta causa hemos de hablar más adelante.

---

terrosa no puede ofrecer la menor duda, parcialmente de corpúsculos calcáreos de forma particular de una naturaleza quizá todavía dudosa; en fin, lo que es esencial, de una sustancia albuminoide que vive. Este limo viviente es el que ha recibido el nombre de *bathybius*.» Oscar Schmidt, l. c., pág. 23.

El grande é innegable mérito de Darwin, está en haber demostrado qué número de transformaciones y de modificaciones en los tipos de los organismos se producen así en el curso de la lucha por la existencia, por los medios de la adaptación y de la herencia, por la selección natural. Darwin, en rigor, no afirma en ningún pasaje que todas las deficiencias de las especies se hayan verificado necesariamente por tales medios. Darwin no excluyó en modo alguno la influencia de otros factores, por ejemplo, la influencia que las diferencias *individuales* producidas en los organismos primitivos por las acciones más variadas de la naturaleza ambiente, pueden ejercer sobre las diferencias de las especies que provienen de estos organismos.

De otro modo proceden sus discípulos ultra-darwinistas. Entusiasmados por el descubrimiento del maestro, se esfuerzan en aumentar la importancia más allá de toda medida y llegan así á graves exageraciones (1). Porque la herencia y la adaptación, porque la selección natural en la lucha por la existencia desempeñan un gran papel en la transformación de las especies, Haeckel pretende *no reconocer ninguna otra causa de la diferencia de los géneros y de las especies y,*

(1) Los antropólogos modernos de claro sentido se guardan muy bien de las exageraciones de Haeckel. Joly, por ejemplo, escribe: «No creo que jamás haya existido ese *Pithecanthropus alalus* sin lenguaje, cuya imagen nos traza Haeckel como si le hubiese visto y conocido, y del cual, con ayuda de hipótesis fantásticas y extremadamente audaces, construye un árbol genealógico, desde la mónera, desde los protoplasmas en que incluye la materia primitiva viviente, hasta su hombre dotado de lenguaje que había corregido, en el comienzo del período diluviano, el grado de desarrollo de los australianos y papúes. *Der Mensch vor derozeit des Metalles*, pág. 385.

*va hasta erigir para todo el reino animal, para todas las razas humanas de la tierra, un árbol genealógico único, lo que Darwin no ha hecho jamás. Llega hasta elegir la comarca precisa en que este árbol tenía sus raíces y hasta indicarnos esta comarca.*

De la afirmación de Darwin demostrando que las especies pueden transformarse y presentar diferencias secundarias parte Haeckel exagerando la teoría y concluyendo que existe imposibilidad de una diferencia primaria de las especies y de los géneros; en fin, «constuye» un monofiletismo en el sentido extendido de la expresión que era absolutamente extraño á la doctrina de Darwin y que quedará extraño siempre al espíritu de la teoría de la descendencia.

En esto, el haeckelismo va más allá del objeto que se proponía Darwin. Por consiguiente, no realiza este fin; en otros términos, no resuelve la cuestión que el darwinismo quería resolver, que el darwinismo resolverá.

Esta tarea consiste en reemplazar los *milagros* por una explicación sencilla conforme á la naturaleza y natural. Por esto, basta perfectamente demostrar que es posible que el reino animal y las especies provienen de organismos primitivos simples. En cuanto á las diferencias de especie entre los diversos tipos, y, por consiguiente, también entre los tipos propios de las razas humanas, una gran parte de entre ellas se explica muy sencillamente y muy naturalmente por los efectos variados de la diversidad de situación geográfica sobre los organismos primitivos; otra parte de estas diferencias puede ser debida al influjo de la herencia y de la adaptación, así como á la influencia de la selección en la lucha por la existencia. Pero excluyendo las primeras influencias y agregándose obs-

tinadamente á los últimos, se ha introducido en esta explicación un nuevo elemento sobrenatural y maravilloso.

Hæckel, pues, estaba ciertamente en un error al mirar la hipótesis monofilética (bien que en el sentido amplio de la expresión) como siendo la más exacta, y admitiendo para el género humano una *única patria primitiva* (1), porque esta hipótesis implica un reconocimiento espontáneo inútil y caprichoso en un modo de explicación muy sencilla y muy natural de un gran número de diferencias que existen entre las razas humanas. Esta renuncia es completamente ilógica en una teoría que se ha erigido únicamente para reemplazar las explicaciones artificiales y no naturales, por medio de explicaciones sencillas y naturales. Es tanto más imperdonable y aun irreflexiva que la teoría de Darwin, y está todavía bien lejos por el momento de poder explicar todos los fenómenos de las diferencias de especies entre los organismos, y que obliga á no dar más que explicaciones difíciles y facticias de estas numerosas diferencias que separan las razas humanas.

No podemos entrar en este terreno; nos limitaremos á remitir al lector á Huxley, que demuestra de una manera enérgica la insuficiencia, por lo menos provisoria, de esta teoría. Tal insuficiencia, á nuestro entender, no desaparecerá *jamás*. «A pesar de todo, dice Huxley, nos veremos forzados á no admitir más que provisionalmente la hipótesis de Darwin, *en tanto que falte un eslabón en la cadena de la demostración*. Este eslabón faltará en tanto que todos los animales y todas las plantas, salidas ciertamente por la selec-

(1) *Natürliche Schpfungsgeschichte.*, pág. 619.

ción de un tronco común, sean fecundas, y que sus descendientes lo sean entre sí (lo que, según se sabe, no se ha verificado en las especies naturales de animales), porque, por largo tiempo que esto dure, será imposible demostrar que la selección hace todo lo que es necesario para la producción de especies naturales (1).

»La teoría de Darwin sobre la transformación de las especies ha sido refutada de una manera bien profunda, y, según nosotros, de una manera completamente lógica, por el gran naturalista Agassiz: los ataques de que han sido objeto sus razonamientos no han quitado ni una sola tilde á la rigurosa lógica de este investigador. La teoría de la descendencia se esforzaba en establecer una serie continua, partiendo de los organismos más inferiores, móneras y protozoarios, y descendiendo hasta el hombre. Agassiz ha logrado perfectamente quebrantar esta continuidad y demostrar la diferencia fundamental de las divisiones típicas del reino animal.»

«Existe, dice Agassiz, una diferencia en la concepción primitiva, y esta diferencia se traduce por el aspecto material. Se dice que el hombre es el más alto escalón de una escala ascendente. Incontestablemente es el más elevado de los seres creados, pero lo que sobre todo es verdadero es que el hombre ocupa el punto más culminante de su *propia serie*, la de las vértebras. No hay animal invertebrado que en su plan inicial y en su ejecución visible presente ~~relación de~~

---

(1) Véase Huxley, pág. 122 de la traducción alemana de Carus, intitulada *Stellung des Menschen*. Es cierto que la objeción de Huxley se refiere especialmente al reino animal: pero no es menos suficiente respecto de los humanos, puesto que los hombres se cruzan entre sí para destruir el principio de la selección.

parentesco con el hombre; pero todo miembro del tipo de los vertebrados de que el hombre forma parte, muestra, en su *estructura anatómica*, una estrecha relación de parentesco con él. Todos los animales no han sido establecidos sobre un solo plan, no se los encuentra á todos reunidos en una sola comarca, en un *centro único*. Los animales están esparcidos sobre toda la ancha superficie del globo terrestre, sobre las tierras y sobre los mares, y cualesquiera que sean las distancias que los separen, los encontramos relacionados por las mismas leyes de analogía, de *semejanza* y de diferencias *típicas* (1).

Para demostrar la constancia de los tipos, Agassiz somete la reproducción de los animales á un análisis profundo; encuentra que el huevo del que salen los animales está ya dotado de una individualidad, es decir, de un carácter típico tan pronunciado, que jamás, desde el comienzo del mundo, el huevo de un animal cualquiera no ha producido un animal que difiera esencialmente de la madre.

Cualesquiera que sean las fases que el huevo deba recorrer y cualquiera la semejanza que provisoriamente pueda presentar con el huevo, en el estado de madurez, de un tipo inferior, jamás ha producido otra cosa que la especie por la cual el mismo ha sido producido. No se conoce ejemplo alguno que se aparte de este círculo eterno de desarrollo que nos presenta la sucesión de los seres *específicamente idénticos* como el resultado de la generación, sea que la multiplicación se haya verificado por medio de huevos, ó que se haga por medio de seccionamientos. No pasamos más adelante en el examen de los diversos modos de mul-

---

(1) Agassiz: *Schoepfungsplan*, páginas 1 y 12.

tipificación entre los animales, porque estamos convencidos de lo que dejamos apuntado, habiendo comprobado que el mantenimiento de la idea *del tipo*, la constancia de ciertos rasgos en el mundo orgánico, el objeto primitivo (?), son un *resultado incontestable*.»

Los fenómenos que presentan la herencia (por ejemplo, el atavismo) son sorprendentes. Agassiz no ha podido encontrar jamás «que á despecho de toda la fuerza de la herencia para apropiarse nuevos rasgos ó para rechazarlos, se produzca *una modificación de la especie*. Llega á deducir en conclusión que la ley de la herencia parece obrar *reteniendo lo que es esencial en el tipo*, y no permitiendo variación más que en lo que *no es característico de la organización típica*».

La ley de la herencia le parecía á Agassiz destinada á *conservar el tipo más bien que á modificarlo*.

Los hechos que han sido observados en el organismo de las especies animales y de las razas humanas, contradicen la teoría darwiniana de la formación de nuevas especies.

«La cuestión de la herencia se relaciona directamente con la cuestión de la producción de los bastardos. Os he mostrado que los descendientes de animales, próximos parientes, pueden parecerse tanto al macho como á la hembra por la cual han sido producidos. Todos los descendientes pueden parecerse al uno ó al otro, ó participar de las cualidades características de ambos padres. Pero desde que animales de *especies diferentes* se cruzan entre sí, cuando, por ejemplo, el caballo se cruza con el asno, el descendiente no es caballo ni asno, sino mulo. En otros términos, el retoño es siempre de media sangre, intermediario entre el padre y la madre. En los animales, el hecho se produce *entre lo que llamamos especies*,

en los hombres entre lo que llamamos las razas. Los hijos de blancos y negros, no son negros ni blancos, son mulatos. Los hijos de negros y de indios, no son ni negros ni indios, son de sangre mezclada y tienen las particularidades de los unos y de los otros. Lo mismo acontece con blancos y australianos, con blancos y chinos. *Es este un hecho en favor de la independencia de origen de las razas humanas.* No me detendré en este punto; me limitaré á preguntar qué influencia tienen estos hechos sobre el mantenimiento ó la modificación del tipo. Imaginad que en la generación siguiente haya cruzamiento entre individuos de sangre mezclada, por ejemplo, una mulata y un blanco, ó entre un mulato y una negra, y que esto se reproduzca durante dos ó tres generaciones. El resultado especial de la mezcla acabará por eliminarse por completo, y volverá la raza al tipo puro. Lo mismo sucede entre los animales. Podemos reproducir bastardos ó media sangre, pero relacionándolos á su propia especie durante algunas generaciones: no tendrán fuerza para seguir la dirección que se les había dado; sus descendientes volverán al tipo primitivo. Esto me parece probar de una manera convincente, que todas las leyes de la herencia y de la transmisión sirven más bien para mantener el tipo que para quebrarlo.»

Agassiz, después de haber citado, todavía en apoyo de su opinión, una serie de hechos y de observaciones, llega á la conclusión de que en el estado actual de nuestros conocimientos á propósito del origen y del desarrollo de los animales, nada autoriza á deducir que éstos se hayan separado gradualmente de su tipo primitivo y se hayan transformado en nuevos animales de especies diferentes.

Agassiz llega, en fin, al parentesco que existiría, según la escuela darwinista, sección Hæckel, entre el hombre y los animales, parentesco al cual se llega, según la semejanza y según ciertas analogías antropológicas, dejando á un lado la lógica. Agassiz, se verdad, admite «un parentesco zoológico» establecido sobre la identidad del plan de organización y *de la disposición ideal, así como de la ejecución material*, cualquiera que sea el punto de partida.

La mayor parte de los zoólogos afirman «que no hay otro parentesco que el que consiste en descender de un tronco común». Agassiz contesta terminantemente: «porque no podemos, ni seguir semejante descendencia en la naturaleza, ni determinarla por la observación».

No podemos comparar á los animales entre sí más que por la anatomía y la fisiología; podemos seguir su modo de desarrollo individual observando su manera de vivir, determinando su extensión geográfica, buscando, con la ayuda de un gran número de observaciones y de comparaciones, cómo se suceden poco á poco en diversos períodos geológicos; después, abrazando el resultado de todas estas investigaciones y de todas estas observaciones, podemos agrupar los animales según su analogía y según los grados de su parentesco. Pero ir más lejos y afirmar que *los animales descien den los unos de los otros, porque se parecen entre sí*, es afirmar una cosa de la que no tenemos conocimiento. *La semejanza no prueba la descendencia...* Hay entre los animales que actualmente viven separados los unos de los otros por toda la mitad de la circunferencia del globo terrestre, analogías del mismo grado que entre aquellos cuya comunidad de tronco está demostrada. Hay también analogías entre las formas em-

brionarias transitorias de los vertebrados actualmente vivientes, y las formas maduras de los vertebrados de la más remota antigüedad, depositadas en los lechos de épocas geológicas primitivas. Prueban estas semejanzas una identidad de plan de organización, nadie lo podrá negar. Mas para declarar que los unos descenden de los otros, sería preciso suprimir completamente la noción del tiempo y la noción del espacio. Desearía establecer claramente y de una manera bien precisa, que no pudiera dar lugar á ninguna interpretación torcida, que *los naturalistas en el grado en que se encuentra actualmente su ciencia, no pueden aportar ninguna prueba directa en apoyo del origen primitivo de uno cualquiera de los animales específicamente diferentes: no tienen ningún hecho, ninguna observación inmediata sobre los cuales puedan fundar una teoría de este género, salvo el grado de organización y las funciones de los animales.* Todas las clasificaciones que conocemos, desde la de Aristóteles hasta los ensayos contemporáneos más recientes, se apoyan exclusivamente en el conocimiento de la estructura del cuerpo y no sobre un conocimiento cualquiera del tronco.

«No conocemos ningún hecho á propósito de este común origen, y tanteamos en una oscuridad completa en donde no hay más que capricho y fantasía.»

«Muy poco hemos podido comprender acerca de esta diferencia de especies: es imposible, á cualquiera que se coloque en el punto de vista científico, atribuir á una causa (transformación de especies) de la que nosotros *nada sabemos* y de la existencia de la cual *no tenemos todavía la menor prueba.*»

Agassiz, en fin, combate el último argumento del hæckelismo: «la analogía embrionaria».

No se puede negar, dice, que la serie de transformaciones observada en el huevo, concuerda, de una manera completamente general, con la sucesión de los animales en los períodos geológicos. Sí; los estados embrionarios de las vértebras superiores nos recuerdan las formas definitivas de las vértebras inferiores en las épocas primitivas. Así, pues, apoyándose en este hecho, los representantes de la teoría del transformismo quieren deducir que en la serie enorme de los tiempos ésto es la transformación de aquéllo. Pero *los estados embrionarios de las vértebras superiores recuerdan también las definitivas de las vértebras inferiores actualmente vivientes*; ellos se parecen á los contemporáneos en el mismo grado y de la misma manera que parecen analógas á las formas fósiles. Y de que un pollo ó de que un perro contemporáneo, en un cierto grado de su desarrollo se parezca más ó menos á un pez cartilaginoso adulto, ¿es lógico deducir que los peces van inmediatamente á ser fuente de pollos y de perros? Sabemos muy bien que esto no pudo verificarse; sin embargo, la argumentación es exactamente la misma que aquella sobre la cual los de la teoría del transformismo han acostumbrado á apoyar su teoría de una manera tan plausible. Las fases del desarrollo de cada mamífero durante la vida embrionaria recuerdan esta serie (la de los animales por orden de dignidad): las clases de los vertebrados corresponden á los grados del desarrollo del tipo de los vertebrados. El embrión del mamífero pasa por una fase durante la cual es pez y por una fase durante la cual es anfibio, antes de tomar los caracteres de los mamíferos; pero esto no es una razón para admitir que el desarrollo de un pez podría dar un cuadrúpedo. Afirmamos que esto no se verificará, y

lo que nos permite afirmarlo es una razón muy sencilla: vivimos al lado de los mamíferos y de los peces, y sabemos que semejante metamorfosis es absolutamente imposible. Pero estos mismos géneros están separados por períodos geológicos, y por consiguiente, las analogías entre ellos dejan libre juego á la imaginación abriendo un campo más á la hipótesis que la observación no viene á limitar.

---